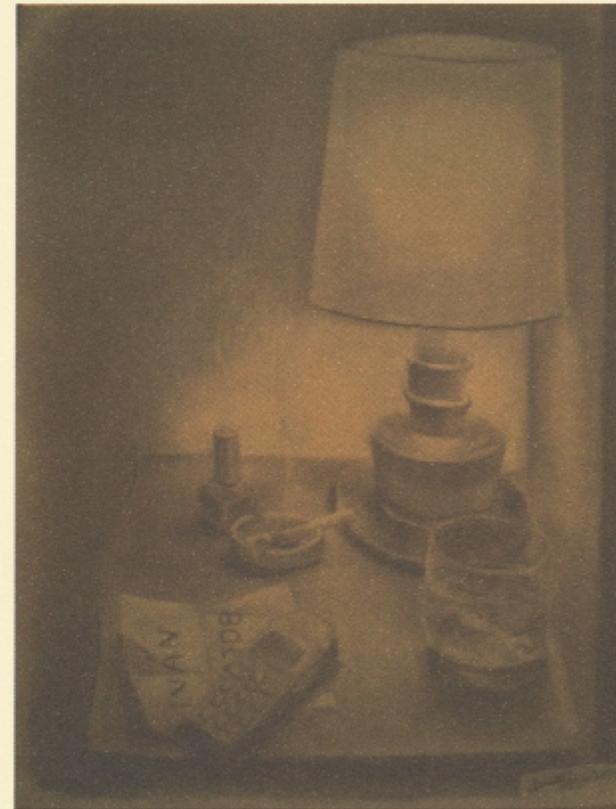


ELVIRA FERNÁNDEZ BALENZATEGUI

Iván



Arroyo de la Miel

Sig.: BEN 82-3 CER iva

Tít.: Iván

Aut.: Certamen Literario de Bena

Cód.: 1004322078 R.45737 FL



BEN
82-3
CER
iva

XIII CERTAMEN LITERARIO DE BENALMÁDENA
"VIGÍA DE LA COSTA"

Primer Premio

2009

“Iván”

Elvira Fernández Balanzategui



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o por cualquier método, electrónico, mecánico, fotocopia, grabaciones u otros medios sin previo y expreso permiso del propietario del Copyright.

1ª Edición: 23 de Abril de 2010

Ilustración: Elvira Domínguez.

Maquetación: innovaIMAGEN comunicación y publicidad.

Impresión: Gráficas Campos.

Prólogo del relato "Iván"

El vicio absurdo de la escritura

La aparente facilidad expresiva con la que Elvira Fernández desarrolla su relato, como tantos otros suyos hasta ahora inéditos, no se debe a un raptó de inspiración, aunque para escribir haya que estar vocacionalmente inspirado, sino que proclama el resultado de su entrega a ese vicio absurdo de escribir y escribir, para luego dejar en un cajón, no se sabe con qué ignoto destino, esas centenas de páginas que se les han arrancado a muchas horas de desvelo. De desvelo, no de insomnio. A esas horas de silenciosa vigilia que prolongan e incluso intensifican nuestras horas más lúcidas. Porque, en efecto, Elvira Fernández ha escrito mucho y lo ha guardado casi todo. Aunque no sea la única, habría que preguntarse por qué ese amor a la literatura y esa asidua dedicación a practicarla ha de permanecer secreto. Las respuestas son varias; pero hay una que se impone sobre cualquier otra. Y esa respuesta es: por honestidad, que es lo mismo que decir que por pudor.

En un mundo en el que impera la mercancía, la literatura no podía quedar exenta. En una sociedad corrupta en la que se impone el amiguismo, la mentira y las relaciones, el escritor lo supedita todo al triunfo de su obra, es decir, de su gloria y de su fama. Eso es así y, por tanto, pertenece a la realidad. Pero hay personas que no pueden pasar por ello.

Se dice que la suerte de un cuento se decide en la primera frase. Es como la chispa. En ella debe estar implícitamente contenido todo el cuento, por más que el lector esté muy lejos de adivinar cuál va a ser su final. Esa frase inicial si es, como digo, afortunada, nos impulsa a proseguir la lectura. Así ocurre con este cuento en cuya "moraleja" apenas voy a entrar, pues le correspon-

de al lector, que sin duda también se verá atrapado desde el principio, extraerla de acuerdo con su particular criterio. Pero sí debo expresar la impresión que él me ha causado. Ésta no es otra que la de hallar que su argumento está en consonancia con la temperatura moral del tiempo en que vivimos; es decir, la impresión de su sorprendente y desconcertante actualidad. Porque lo que en él se nos narra sería inimaginable en un pasado apenas reciente. Elvira Fernández, en un tono casi neutro, es decir, carente de patetismo, se refiere a uno de los aspectos más acentuados de la actualidad, al que evito designar de algún modo. Un sociólogo hablaría de anomia; un moralista de pérdida de valores; un político al uso de modernidad... Un escritor, en cambio, tal como hace Elvira, se limita a describir un hecho nada inverosímil. No lo califica, no lo adorna, no moraliza acerca de él... A su término, el lector, cuanto más, queda sumido en el mismo desconcierto que sus protagonistas, e incapaz, a su vez, de alcanzar cualquier conclusión, no puede menos que situar el suceso en el ámbito de la trivialidad que caracteriza el presente. Es cierto, o al menos así me parece, que el relato nos mantiene -de ahí su interés- en un ámbito de calculada ambigüedad. Ambigüedad que la autora despeja, como es lógico, al final de su relato. El lector, una vez desentrañada la trama, queda en cierto modo liberado de cualquier otra suposición que se aparte de los contornos del suceso que la autora ha querido relatar. El cuento se interpreta a sí mismo en su propio desarrollo. El lector podría haber imaginado otro; pero sólo tiene la posibilidad, si así le apetece, de prolongarlo de acuerdo con su particular fantasía.

Antonio Romero Márquez

“Iván, andaluz guapísimo, cariñoso, atlético y complaciente. Higiene. Máxima discreción”.

El número que venía a continuación era un novecientos seis. Se lo había hecho llegar una amiga. Al principio vacilando mucho, con preámbulos interminables antes de entrar en materia. En materia escabrosa. En el tabú. Al final el número estaba en el bolsillo de su chaqueta de lana. Escrito en una servilleta de papel del bar de al lado. Su amiga Tere... ¡quién se lo iba a decir! después de tantas vueltas como da la vida... su amiga Tere pasándole el trocito de papel. Ante los dos cafés. Mientras la máquina tragaperras repetía aquella insufrible musiquita, especie de marcha triunfal. Al final Tere se había portado bien; le había tenido la suficiente confianza. Le echó agallas. Cualquiera no se hubiese atrevido. No hubiese sido capaz.

Ahora estaba sola. En aquel apartamento por el que pagaba una mensualidad de renta antigua y que pedía una reforma a voces. Una reforma que el dueño se negaba a acometer, y que ella, al fin y al cabo comprendía y no encontraba fuerza moral para exigirle... pobre hombre... si hasta le había puesto el mismo precio que la pareja que se marchó, el año anterior, cuando podía haber fijado un precio actual... pero no se anduvo listo... se equivocó y cuando quiso rectificar aquello ya estaba firmado. A ella le sabía mal... no era mala persona... ¡pero qué iba a hacerle! en aquella jungla de bestias... o comerse vivo al que fuera o prepararse a que la desen-

trañara cualquier otro, el más impensable, el más inútil... porque al mejor es al que siempre, por prudente, por indeciso o por blando lo hace trizas el primero. No era mala persona, pero tampoco estaba para militar en el bando de la caridad. De su marido no cobraba ni una peseta de pensión. Cuando estaba demostrado que fue negligencia... que el andamiaje no estaba ni bien montado... ¿qué era para una multinacional como aquella su pensión? nada... apenas nada... pero él se reventó contra el asfalto un día en que no debía haberse reventado... porque estaba de baja por lo del pie... y aunque las fotos se las exigían no tenía que haber trabajado... a la postre hasta lo acusaron de memo... por haberse subido allí sin tener por qué... se estrelló como un pájaro que se cae del nido... y le hicieron el mismo caso... una corona. Y ya está.

Desde entonces, cuando veía en la acera algún gorrión caído, sin plumas, se quedaba mirándole las boqueras y el cuerpo amoratado... y aunque hacía ya tanto tiempo y todo parecía como de libro, se acordaba de Damián.

Se quedó sola y enchufó un tarrito con ambientador, porque olía a humedad. A humedad y tedio. A pocas palabras. A poca respiración. A poca vida... a poca nada... Y paseó su vista por los muebles, por las paredes... asintiendo con la cabeza sin darse cuenta, ante aquella decoración tan ecléctica, tan "sui generis", que proclamaba la vida de su inquilina.

Se había puesto un kimono de seda azul que le gustaba mucho y le sentaba bien. Se descalzó con parsimonia y se desperezó, sin olvidarse del número, pero dándole largas... hasta que se fue al baño por la laca de uñas y comenzó a pintarse las de los pies. Y mucho antes de lo que siempre creyó, la pintura estaba seca. Así que empezó a girar las muñecas, a abrir y cerrar los dedos, como si fuera a asirse a la barra fija y hacer un complicado ejercicio gimnástico... y a fruncir la boca... y a poner el entrecejo tenso, como si aguardase su turno para la competición...

Buscó el número trazado en lápiz y lo deslizó varias veces de una mano a otra, como un trilero, hasta que puso el teléfono a su lado y se quedó mirándolo, mucho rato, posando la mano sobre el auricular y retirándola después.

Hasta que se armó de valor y marcó. Notando cómo al apretar las teclas el índice vacilaba temblón, y cómo de repente la seda del kimono ordinario le oprimía la cintura y le daba bochorno. Se armó de valor. Y marcó, esperando oír la voz del chico del anuncio, el hallazgo de las páginas de relax.

Pero salió una mujer. Con acento de fuera, que le dijo que esperara un momento y comenzó a sonar una especie de tango que a ella ya le pareció que marcaba los compases de una anhelante sordidez.

No la hizo esperar mucho, quizá unos segundos de más hacían desistir a algunas clientas, que reconsideraban lo humillante de la acción. En seguida la atendió, amable y desenvuelta y ella le lanzó que tenía interés en Iván. La mujer consultó la agenda. Iván no podía desplazarse hoy; tenía un servicio que lo mantendría ocupado todo el día y le habló de un tipo extraordinario, Archie, un cubanito alto y musculado. Pero ella insistió en Iván -se lo había dicho Tere y de Tere se podía fiar-, así que admitió que no tenía urgencia. Que podía esperar a la tarde siguiente. Pero que tenía que ser Iván.

-¿Tiene los ojos castaños?

-Unos bonitos y profundos ojos castaños. Seguro que no te va a defraudar.

Y a ella le empezó a palpitar el corazón. Podía ser al día siguiente, pero por la mañana.

-Es una hora intempestiva -protestó. Le daba igual la hora, pero tenía turno en el hospital. No quiso dar explicaciones y se concertó la cita para dentro de dos días. A las siete. Dejó su domicilio y se enteró de los honorarios. Dio un nombre falso y cuando todo quedó ultimado colgó.

Se tapó la cara con las manos. Mientras inspiraba profundamente, tratando de recuperar la normalidad. Ya estaba hecho. Además no quería volverse atrás.

Lo de Tere había salido por pura chiripa... por mediación de una chavalita que servía copas en una terraza de la que él, por lo visto, era asiduo... una casualidad. No había sido fácil. Tuvo su lucha, había que reconocer que no era eso natural... pero ya el paso estaba dado. Se había decidido. Y el jueves, a las siete, estarían llamando a la puerta. Y sería Iván.

Estaba nerviosa y llamó a Tere; quería lo que le dio: tranquilidad.

-Ya me contarás cómo ha ido todo. Yo creo que no tendrás por qué arrepentirte, ni siquiera debes darle tantas vueltas... al final te alegrarás. Y dirás que tenías que haberlo buscado antes...

Pero ella temía el momento en que abriese la puerta y apareciera él. Guapísimo, atlético, complaciente y con su máxima discreción.

Cariñoso... ¿de verdad?

Se fue a la cocina y se sirvió un pelotazo. Y al echar la ginebra la derramó, porque le temblaban las manos. Dio un primer trago muy largo, hasta que notó en la garganta un ardor dulce.

Se arrebujo en el sofá. Dándose cuenta de lo que había hecho. Lo cerca y lo lejos que estaba el jueves. Y dando sorbos al cubalibre trató de imaginar su sonrisa, su atuendo, sus palabras... qué diría al verla... hasta que, de repente, sintió pena de sí misma y se echó a llorar.

Y entre sollozos breves y sacudidas de hombros se terminó la copa y se quedó dormida, allí mismo, hecha un ovillo, con una película de los años cincuenta, para venir a despertarse entelerida a las cinco de la mañana, casi a la hora en que debía sonar el despertador. Lo puso para la media horilla que le quedaba. Y se tapó con ansia, con ansia de entrar en calor. Y durante ese rato soñó con la mirada rebotante de amargo encanto, y las palabras tan complacientes de Iván.

Trabajó aquella jornada como un zombi. Con la idea del muchacho en la cabeza. Con todo lo que le había comentado Tere. Hasta que llegó otra vez la noche y aunque se metió pronto en la cama no se pudo dormir. Daba vueltas de un lado a otro. Porque de su mente, se había adueñado, obsesionante, recurrente, Iván.

Lo recibiría en sus brazos en el transcurso de ese mismo día. Lo estrecharía contra su pecho. Y lo besaría una y otra vez, sin temor, porque esos besos estaban pagados. Se moría de impaciencia y de inquietud. ¿Cómo la encontraría? ¿le sonreiría al verla? ¿cuál sería su tono de voz? Tendría puesta al fuego una cafeterita... para tomar una taza... romper el hielo... comenzar a hablar...

Cuando a las tres terminó el turno ni siquiera tenía ganas de comer. Ordenó una y otra vez la vivienda, esperando, pálida y sudorosa la llegada de él.

Bajó al portal y tapó con una cartulina el rótulo con su nombre sobre el buzón, para que él no la identificase antes de subir. Para que no leyese su verdadero nombre. En aquella plaquita en la que figuraba también Manuel, para no proclamar a los cuatro vientos que vivía sola... y por si algún azar le llevaba alguna carta, algo, dirigido a él.

Hacía tres años. Tres largos, interminables y angustiosos años que Manuel se había marchado sin más. Sin dar señales de vida... sin razón. A vivir a su aire, sin una dirección, sin una llamada... olvidándola, despreciándola... sumiéndola en la desesperación. Dejándola en el más cruel interrogante, a ella... a ella, que lo había dado todo por él... que siempre lo había disculpado, que se había desvivido para mimarlo, para hacerlo feliz... para costearle hasta colonias caras, a base de guardias en el hospital... de mucho lavar cuerpos tristes, de mucho untar pomadas en escaras, de mucho poner y quitar cuñas... de mucha impresión al principio y costumbre después de que alguno, sin avisos, ni caras raras, ni alharacas se le quedase en las manos mientras lo giraba para cambiarle las

sábanas... y en cada vaivén de fregona un recuerdo, y en cada estrujar el mocho una caricia para aquel sinvergüenza, un beso... con tanto amor... para él. Sin perder la esperanza de que algún día, sin avisar, la buscara, la llamara, volviese a ella...

Tres años y ella allí... en aquella ratonera, tan incómoda, tan pequeña... para ella sola... ¿a qué más?

Sola. Sin mirarse en sus ojos, tan llenos, tan alegres, tan penetrantes...

Sola. Tres años, diecinueve días y una mañana.

Y ahora teniendo que llamar a una agencia de tíos... pagando una fortuna y pasando por la vergüenza de que le adivinasen la edad por la voz... Pero ya no podía soportarlo. Ya no podía seguir así... desde que Tere le habló. Porque Tere sería lo que fuese en su juventud... pero al final era buena amiga. Otra no habría sido capaz. Por hipócrita, por no buscarse líos...

Ahora esperando al fulano. Al tal Iván, nombre de guerra... y tan ficticio... porque ni ruso ni andaluz...

A las cinco ya estaba lista. Muy nerviosa, recién peinada y empalmando un pitillo con otro, mirando la tele, sin ver.

A las seis era presa de taquicardia. Y la boca la notaba reseca, tratando de imaginar cómo estaría, de guapísimo, de atlético, de complaciente.

A las siete se situó al lado de la puerta, como si por un artificio matemático él fuese a aparecer.

Pero a la y cuarto aún no había llegado. "Este barrio está fatal... no podrá aparcar si viene en coche" pensaba alisándose la falda una y otra vez, humedeciéndola levemente de sudor.

A la y veinticinco sonó el automático del portal. Y creyó que llegaría a tragarse su propio corazón. Le tembló mucho la voz y él, después de preguntar por el nombre, empujó la cancela y entró.

Ella oyó cerrarse la puerta, y el mecanismo del ascensor. Se

quedó pegada a la madera, apoyando las palmas de las manos, extendidas, con la mirilla a la altura del ojo, muy abierto, mientras las rodillas le bailaban sin control.

El ascensor se paró en el rellano y el muchacho salió. Se quedó un momento al otro lado de la puerta, se atusaba un poco el pelo y se guardó unas gafas de sol. Sí, tan alto, tan hermoso... Ella no pudo reprimir un suspiro. Al fin abrió.

Se quedaron frente a frente unos instantes. Y ella se lanzó a su cuello. Hacía tres años. Se miraron a los ojos; ella convulsa, él con estupor.

-¡Ay Manolo! ¡Manolo, hijo mío!... ¡que era verdad, que eras tú!
... que era verdad...

-¡Mamá!... joder... mamá...